

Síntesis de budismo I

Capítulos I-VI · edición normalizada para lectura

Nota editorial. Se conserva el contenido doctrinal y argumental del texto fuente. Se han eliminado marcas de paginación y extracción, recompuesto palabras y párrafos partidos y normalizado las grafías pāli/sánscritas con apoyo de los anexos aportados. No se han añadido desarrollos doctrinales ajenos al texto.

Capítulo I — El Buda

El día de luna llena del mes de Mayo del año 623 antes de Cristo nació en el distrito de Nepal, un Príncipe Sakya llamado Siddhattha Gotama, quien estaba destinado a ser el máximo maestro religioso del mundo. Se crió entre lujos, recibió educación principesca y, como humano que era, contrajo matrimonio y tuvo un hijo.

Su naturaleza contemplativa y su compasión ilimitada no le permitieron disfrutar los fugaces placeres materiales de una casa real. No supo de enemigos y sintió profunda conmiseración por la humanidad sufriente. En medio de las comodidades y la prosperidad, comprendió la universalidad del dolor. El palacio, con todos sus pasatiempos mundanos dejó de ser sitio adecuado para el compasivo príncipe. El tiempo ya estaba maduro para que partiese. Al cumplir veintinueve años, al tanto de la vanidad de los goces sensuales, renunció a los placeres mundanos y, con la simple vestimenta amarilla del asceta, solitario, pobre, marchó en procura de la Verdad y la Paz.

Fue un renunciamiento histórico sin precedentes; pues no renunció en la ancianidad sino en la juventud; no renunció en la pobreza sino en la opulencia. De acuerdo con la antigua creencia de que no podría ganarse la liberación sin llevar una vida de estricto ascetismo, practicó esforzadamente todo género de dura austeridad. “Sumando vigilia tras vigilia, y penitencia tras penitencia”, realizó un esfuerzo sobrehumano durante seis largos años.

Su cuerpo casi se redujo al esqueleto. Cuando más atormentaba su cuerpo, su meta se tornaba más remota. Los dolorosos e ineficaces rigores que practicó con ahinco se revelaron como absolutamente fútiles. Ahora estaba plenamente convencido, a través de la experiencia personal, de la cabal futilidad de la automortificación que, tras debilitar su cuerpo, daba por resultado flojedad espiritual.

Sacando provecho de esta invalorable experiencia propia, decidió finalmente seguir un camino independiente, evitando los dos extremos de autoindulgencia y automortificación. La primera retarda el propio progreso espiritual; la segunda debilita el propio intelecto. El nuevo camino que descubrió para sí fue el Sendero Medio, *Majjhimā Paṭipadā*, que subsiguientemente se convirtió en una de las características sobresalientes de su doctrina.

Una feliz mañana, absorto profundamente en la meditación, sin auxilio ni guía de poderes sobrenaturales, confiando sólo en Su esfuerzo, sabiduría, eliminó todas sus manchas, Se purificó y, comprendiendo las cosas como verdaderamente son, alcanzó la Iluminación (el Estado Búdico) a la edad de 35 años. Él no nació Buda¹, sino que llegó a serlo por Su propio esfuerzo. Como corporización perfecta de todas las virtudes que predicara, dotado de sabiduría profunda acorde con Su compasión ilimitada, consagró el resto de Su preciosa vida a servir a la humanidad con ejemplos y preceptos, sin dejarse dominar por motivación personal alguna.

Tras un muy fructífero ministerio de 45 largos años, el Buda, como cualquier otro ser humano, sucumbió ante la inexorable ley del cambio, y finalmente falleció a los 80 años de edad, exhortando a Sus discípulos a que acataran Su doctrina como maestra.

El Buda fue un ser humano. Nació como hombre, vivió como hombre, su vida concluyó como la de un hombre. Aunque humano, llegó a ser un hombre extraordinario (*Acchhariya-manussa*), pero jamás Se arrogó divinidad. El Buda hizo hincapié en este importante aspecto y no dio lugar a que nadie cayese en el error de pensar que Él era un ser inmortal y divino. Por fortuna, en el caso del Buda no hay deificación. Sin embargo, es de notar que jamás hubo un Maestro “tan humano como el Buda ni tan divino como Él.”

El Buda no es encarnación del Dios hindú *Viṣṇu*, como creen algunos, ni es un salvador que salva libremente a los demás mediante Su salvación personal. El Buda exhorta a Sus discípulos a depender de ellos mismos para su propia liberación, pues la pureza y la purificación dependen de uno mismo. Al aclarar Sus relaciones con Sus seguidores y hacer hincapié sobre la importancia de la autoconfianza y pugna individual, el Buda afirma palmariamente: “*Tathāgatas*², actuad con vosotros como vuestros únicos maestros.”

¹ Despierto o Iluminado.

Los Budas señalan el sendero, y nos corresponde seguir ese sendero para obtener nuestra purificación.

“Depender de los demás para la salvación es negativo; depender de uno mismo es positivo.” La dependencia de los demás significa el sometimiento del propio esfuerzo.

El Buda, al exhortar a Sus discípulos a ser autodependientes, dice en el *Mahāparinibbāna Sutta*:

“Sed islas dentro de vosotros mismos, sed refugio dentro de vosotros mismos, no busquéis refugio en los demás.” Estas significativas palabras son autoedificantes. Revelan cuán vital es la autoejercitación para el cumplimiento del propio objetivo, cuán superficial y fútil resulta buscar la redención a través de benignos salvadores y anhelar una felicidad ilusoria en el más allá con la propiciación de dioses imaginarios, las plegarias sin respuestas o los sacrificios sin sentido.

Además, el Buda no reclama el monopolio del Estado Búdico que, de hecho, no es prerrogativa graciosa de ninguna persona en especial. El Buda alcanzó el supremo estado posible de perfección al que cualquier persona podría aspirar, y sin el rigor del maestro reveló el único sendero directo que conduce a aquél. De acuerdo con las Enseñanzas del Buda cualquiera puede aspirar a ese estado supremo de perfección si cumple la ejercitación necesaria. El Buda no condena a los hombres llamándolos miserables pecadores sino que, por el contrario, los anima diciendo que, al ser concebidos, son puros de corazón. Según su opinión, el mundo no es perverso sino que está engañado por la ignorancia. En vez de descorazonar a Sus seguidores y reservar para Sí solo ese estado de exaltación, Él los anima e induce a que Lo emulen, pues el Estado Búdico está latente en todos. En un sentido, todos son Budas potenciales.

² Literalmente: Quien de esa manera ha venido.

A aquel que aspira a convertirse en Buda se lo llama *Bodhisatta* que, literalmente, significa “ser-de-sabiduría”. Este *Bodhisatta* ideal es el camino vital más bello y refinado jamás ofrecido a este mundo egocéntrico, y es más noble que una vida de servicio y pureza.

Como Hombre, Él alcanzó el Estado Búdico y proclamó ante el mundo las inconcebibles posibilidades latentes y el poder creador del hombre. En vez de ubicar por encima del hombre

un invisible Dios Todopoderoso que arbitrariamente controla los destinos de la humanidad, subordinándolo a un poder supremo, Él aumentó el valor de la humanidad. Él fue quien enseñó que el hombre puede ganar su liberación y purificación mediante su propia ejercitación, sin depender de un Dios externo ni de sacerdotes mediadores. Él fue quien enseñó al mundo egocéntrico el noble ideal del servicio desinteresado. Él fue quien se rebeló contra el degradante sistema de castas y enseñó la igualdad humana brindando a todos iguales oportunidades para que se distinguiesen a lo largo de la vida.

Él declaró que las puertas del éxito y la prosperidad estaban abiertas para todos en cualquier condición social, para encumbrados o miserables, para santos o criminales, bastando que dieran vuelta la hoja y aspiraran a la perfección.

Al desdeñar la casta, el color de la piel o el rango social, estableció para hombres y mujeres meritorios una Orden de celibato, constituida democráticamente. No forzó a Sus seguidores a ser esclavos de Sus Doctrinas ni de Él Mismo, sino que les concedió completa libertad de pensamiento.

Confortó a los desposeídos con Sus consoladoras palabras. Asistió a los enfermos abandonados. Ayudó a los pobres olvidados. Ennoblecó las vidas de los engañados, purificó las corrompidas existencias de los criminales. Animó a los débiles, unió a los divididos, iluminó a los ignorantes, esclareció a los místicos, guió a los rodeados de tinieblas, elevó a los sumergidos y dignificó a los nobles. Ricos y pobres, santos y criminales, Le amaron por igual. Reyes despóticos y rectos, príncipes y nobles famosos y oscuros, millonarios generosos y mezquinos, eruditos altaneros y humildes, necesitados, viles barrenderos, malvados homicidas, menospreciadas cortesanas— todos se beneficiaron con Sus palabras sabias y compasivas.

Su noble ejemplo fue fuente inspiradora para todos. Su continente sereno y pacífico fue suave visión para los ojos piadosos. Su mensaje de Paz y Tolerancia fue bien recibido por todos, con júbilo indescriptible, y resultó de provecho eterno para todos cuantos tuvieron la fortuna de oírlo y practicarlo.

Dondequiera penetró su doctrina, dejó impresión indeleble en el carácter de los pueblos respectivos. El avance cultural de todas las naciones budistas se debió principalmente a Sus sublimes Enseñanzas. De hecho, todos los países budistas, como Ceilán, Burma, Tailandia, Camboya, Vietnam, Laos, Nepal, Tibet, China, Mongolia, Corea, Japón, etcétera, se desarrollaron en la cuna del Budismo. Aunque desde la desaparición de este máximo Maestro han transcurrido más de 2500 años, Su personalidad única ejerce todavía gran influencia en todos cuantos llegan a conocerle.

Su férrea voluntad, su profunda sabiduría, su amor universal, su compasión ilimitada, su desinteresado servicio, su renunciamento histórico, su pureza perfecta, su personalidad magnética, sus métodos ejemplares empleados para propagar las Enseñanzas, y Su triunfo final — todos estos factores impulsaron a aclamar al Buda como su Maestro religioso supremo.

Sri Radhakrishna rinde al Buda encendido tributo cuando afirma: “En el Buda Gotama tenemos una mente maestra del Oriente en lo concerniente a la influencia ejercida sobre el pensamiento y la vida de la raza humana, siendo reverenciado por todos como el fundador de una tradición religiosa cuya autoridad difícilmente sea menos amplia y profunda que cualquier otra. El Buda pertenece a la historia del pensamiento del mundo, a la herencia general de todos los hombres civilizados, pues juzgado con integridad intelectual, seriedad moral e intuición espiritual, Él es, indudablemente, una de las máximas figuras de la historia.”

H. G. Wells, en “Los Tres Hombres Máximos de la Historia”, escribe: “En el Buda se aprecia claramente un hombre, simple, devoto, solitario, que pugna por la luz —una vívida personalidad humana, no un mito. También brindó a la humanidad un mensaje de carácter universal. Muchas de nuestras mejores ideas modernas guardan muy estrecha armonía con aquél. Enseñó que todas las miserias y descontentos se deben al egoísmo. Para que el hombre alcance la serenidad primero debe cesar de vivir para sus sentidos o para sí mismo. Entonces se funde en el gran ser. En un idioma diferente, Buda reclamó de los hombres el autoolvido, 500 años antes de Cristo. En cierto sentido guarda mayor proximidad con nosotros y nuestras necesidades. Con respecto a nuestra importancia y servicio individuales fue más lúcido que Cristo y menos ambiguo acerca de la cuestión de la inmortalidad personal.”

St. Hilaire señala: “Es modelo perfecto de todas las virtudes que predica... Su vida es sin mancha.”

Fausboll dice: “Cuando más Lo conozco, más lo amo.”

Un humilde seguidor suyo diría: “Cuando más Lo conozco, más Lo amo; cuando más Lo amo, más Lo conozco.”

Capítulo II — El Dhamma

¿Es una filosofía?

El sistema no-agresivo, moral y filosófico expuesto por el Buda, que no exige de sus adherentes fe ciega, ni expone creencias dogmáticas, ni estimula ritos ni ceremonias supersticiosas, sino que aboga por un medio dorado que guíe al discípulo, a través de una vida y pensamiento puros, hacia el logro de la sabiduría suprema y de la liberación de todo mal, se llama el *Dhamma* y se conoce popularmente como Budismo.

El Buda omnimisericordioso ha desaparecido, pero el *Dhamma* sublime que Él legara sin reservas a la humanidad, aun existe en su prístina pureza.

Aunque el Maestro no dejó constancia escrita de Sus Enseñanzas, Sus distinguidos discípulos las preservaron confiándolas a la memoria y transmitiéndolas oralmente generación tras generación.

Inmediatamente después de Su deceso, 500 jefes arahants¹ versados en *Dhamma*² y *Vinaya*³, convocaron a un repaso de la Doctrina tal como originariamente la enseñara el Buda. El Venerable Ananda Thera, que gozara del privilegio especial de oír todos los discursos, recitó el *Dhamma*, mientras el Venerable Upali hizo lo propio con el *Vinaya*.

El *Tipiṭaka* fue recopilado y ordenado en su forma actual por aquellos arahants de la antigüedad.

Durante el reinado del piadoso monarca de Sinhala, Vattagamani Abhaya, c. 83 a. C., por primera vez en la historia del Budismo, se procedió en Ceilán a documentar por escrito al *Tipiṭaka* en hojas de ola.

Se estima que este voluminoso *Tipiṭaka*, que contiene la esencia de la doctrina del Buda, implica alrededor de once veces el tamaño de la Biblia. Un notable contraste entre el *Tipiṭaka* y la Biblia consiste en que el primero no es un desarrollo gradual como la última.

Como lo implica la palabra misma, *Tipiṭaka* consiste en tres cestos. Estos son: el Cesto de la Disciplina (*Vinaya Piṭaka*), el Cesto de los Discursos (*Sutta Piṭaka*), y el Cesto de la Doctrina Última (*Abhidhamma Piṭaka*).

El *Vinaya Piṭaka*, considerado seguro recurso de la antiquísima e histórica orden de celibato — el *Saṅgha*—, encara principalmente las reglas y disposiciones promulgadas por el Buda, según la ocasión, para la futura disciplina de la Orden de los monjes (*bhikkhus*) y monjas (*bhikkhunīs*). Describe detalladamente el desarrollo gradual del *Sāsana* (Dispensación). También se incluye un relato sobre la vida y ministerio del Buda. Indirectamente revela alguna información importante e interesante sobre historia antigua, costumbres hindúes, artes, ciencia, etcétera.

¹ Literalmente: los Dignos. Son los discípulos iluminados que destruyeron todas las pasiones.

² La Doctrina.

³ La Disciplina.

Este Pitaka consiste en los cinco libros siguientes:

- *Pārājika* Pali – Transgresiones Mayores } Vibhaṅga
- *Pācittiya* Pali – Transgresiones Menores }

- *Mahāvagga* Pali – Parte Mayor } *Khandaka*
- *Cullavagga* Pali – Parte Más Breve }
- *Parivāra* Pali – Epítome del *Vinaya*

El *Sutta Piṭaka* consiste principalmente en discursos, pronunciados por el Buda en diversas ocasiones. También se incluyen unos pocos discursos de algunos de Sus distinguidos discípulos, tales como el Venerable Sariputta, Ananda, Moggallana, etcétera. Se asemeja a un libro de prescripciones, como los sermones que allí se exponen para adecuarse a diferentes oportunidades y temperamentos de diversas personas. Puede que haya afirmaciones aparentemente contradictorias, pero no deben interpretarse equivocadamente pues en su oportunidad fueron pronunciadas por el Buda adecuándolas a una finalidad específica:

por ejemplo, acerca de la cuestión de si Él mantendría silencio (ante un interrogador neciamente inquisitivo), o si respondería detalladamente sabiendo que quien indaga lo hace seriamente. La mayor parte de los sermones tendían a beneficiar principalmente a los *bhikkhus* y tratan de la vida Santa y de la exposición de la doctrina. Asimismo, hay otros discursos referidos al progreso material y moral de Sus seguidores laicos.

Este Pitaka se divide en cinco Nikāyas o colecciones, a saber:

- *Dīgha Nikāya* (Colección de Discursos Largos)
- *Majjhima Nikāya* (Colección de Discursos de Mediana Extensión)
- *Samyutta Nikāya* (Colección de Dichos Afines)
- *Anguttara Nikāya* (Colección de Discursos ordenados numéricamente)
- *Khuddaka Nikāya* (Colección Más Breve).

El quinto está subdividido en quince libros:

- *Khuddakapāṭha* (Textos Más Breves)
- *Dhammapada* (Camino de la Verdad)
- *Udāna* (Cantos de Jubilosa Acción de Gracias)
- *Itivuttaka* (Discursos “Así se Dijo”)
- *Suttanipāta* (Colección de Discursos)
- *Vimānavatthu* (Historias de las Mansiones Celestiales)
- *Petavatthu* (Historias de los Petas)
- *Theragāthā* (Salmos de los Hermanos)
- *Therīgāthā* (Salmos de las Hermanas)
- *Jātaka* (Historias Natales)
- *Niddesa* (Exposiciones)
- *Paṭisambhidāmagga* (Conocimiento Analítico)
- *Apadāna* (Vidas de los arahants)
- *Buddhavaṃsa* (La Historia del Buda)
- *Cariyāpiṭaka* (Modos de Conducta).

El *Abhidhamma Piṭaka* es el más importante e interesante de los tres, y contiene la profunda filosofía de la Doctrina de Buda en contraste con los discursos iluminativos y más simples del *Sutta Piṭaka*.

En el *Sutta Piṭaka* se halla la doctrina convencional (*voḥāra desanā*) y en el *Abhidhamma Piṭaka* la doctrina última (*paramattha-desanā*).

El Abhidhamma es guía indispensable del sabio, placer intelectual del espiritualmente evolucionado, y sustento del pensamiento, del erudito investigador. Se define la conciencia. Los pensamientos se analizan y clasifican principalmente desde el punto de vista ético. Se enumeran los estados mentales. Se expone detalladamente la composición de cada tipo de conciencia. Se describe minuciosamente cómo surgen los pensamientos. Deliberadamente se desechan los problemas irrelevantes que interesan a la humanidad pero no guardan relación con la propia purificación.

Se discute sumariamente sobre la materia; se dan explicaciones acerca de las unidades fundamentales de materia, las propiedades de la materia, las fuentes de la materia, y las relaciones entre la mente y la materia.

El Abhidhamma indaga en la mente y la materia, los dos factores compuestos del denominado ser, para ayudar a entender las cosas como verdaderamente son, y sobre aquellos lineamientos se desarrolló una filosofía. Basado en esa filosofía, evolucionó un sistema ético, enderezado a la comprensión de la meta última, del *Nibbāna*.

El *Abhidhamma Piṭaka* consiste en siete libros:

- *Dhammasaṅgaṇī* (Clasificación de los *Dhammas*)
- *Vibhaṅga* (El Libro de las Divisiones)
- *Kathāvatthu* (Puntos de Controversia)
- *Puggalapaññatti* (Descripción de los Individuos)
- *Dhātukathā* (Discusión con referencia a los elementos)
- *Yamaka* (El Libro de los Pares)
- *Paṭṭhāna* (El Libro de las Relaciones).

En el *Tipiṭaka* se halla leche para el infante y alimento para el adulto, pues el Buda enseñó Su doctrina tanto a las masas como a la intelectualidad. El sublime *Dhamma* enclaustrado en estos textos sagrados, enfoca verdades y hechos, y descarta teorías y filosofías que hoy pueden aceptarse como verdades profundas sólo para ser mañana echadas por la borda. El Buda no nos enfrentó con nuevas y asombrosas teorías filosóficas ni se aventuró a crear ninguna nueva ciencia material. Nos explicó lo interior y lo exterior en la medida en que esto se refiere a nuestra emancipación y, en última instancia, patentizó un sendero de liberación, que es único. Sin embargo, en forma incidental, se anticipó en gran medida al pensamiento filosófico y científico moderno.

Schopenhauer en “El Mundo como Voluntad y como Representación” ofreció la verdad del sufrimiento y su causa al estilo occidental. Spinoza, aunque no niega la existencia de una realidad permanente, asegura que toda la existencia permanente es transitoria. Según su opinión, el dolor se conquista “descubriendo un objeto del conocimiento que no es pasajero, ni efímero, sino inmutable, permanente y eterno.” Berkeley demostró que el denominado átomo indivisible es una ficción metafísica. Hume, luego de un implacable análisis de la mente, sacó en conclusión que la conciencia consiste en estados mentales fugaces. Bergson aboga por la doctrina del cambio. El profesor James se refiere a una corriente de conciencia.

El Buda expuso estas doctrinas de impermanencia (Anicca), Dolor (Dukkha), e Impersonalidad (*anattā*) hace unos 2500 años, durante su estada en el valle del Ganges.

Ha de entenderse que el Buda no predicó todo lo que supo. En una oportunidad en que paseaba por un bosque, tomó un manojo de hojas y dijo: ¡Oh, *bhikkhus*, lo que enseñé es comparable a las hojas que tengo en mi mano! Lo que no enseñé es comparable a la totalidad de hojas de este bosque.”

Enseñó lo que consideró absolutamente esencial para la propia purificación sin efectuar distinguos entre la doctrina esotérica y la exotérica. Se mantuvo característicamente silencioso ante las preguntas irrelevantes que se le formularan sobre Su noble misión.

No hay duda que el Budismo concuerda con la ciencia, pero ambos han de encararse como doctrinas paralelas, puesto que ésta encara principalmente las verdades materiales mientras que aquél se reduce a las verdades morales y espirituales. El tema central de cada uno es diferente.

El *Dhamma* que el Buda enseñó no ha de preservarse meramente en los libros, ni es un tópico que ha de estudiarse desde un punto de vista histórico o literario. Por el contrario, ha de ser aprendido y puesto en práctica en el curso de la propia vida cotidiana, pues sin práctica es imposible apreciar la verdad. El *Dhamma* ha de ser estudiado, en mayor proporción, practicado, y por sobre todo, comprendido: la comprensión inmediata es su meta última. Como tal, el *Dhamma* es comparable a una balsa cuya única finalidad es ayudar a escapar del océano del nacimiento y la muerte (*samsāra*).

Por lo tanto, el Budismo no puede denominarse, en rigor, una mera filosofía, pues no es meramente el “amor por el conocimiento ni el estímulo en procura del conocimiento.” El Budismo puede aproximarse a una filosofía pero abarca muchísimo más.

La filosofía enfoca principalmente el conocimiento y se despreocupa de la práctica; mientras que el Budismo hace especial hincapié sobre la práctica y la comprensión.

Capítulo III — ¿Es una religión?

No es una religión en el sentido con que esta palabra se entiende corrientemente, pues no es “un sistema de fe y adoración sujeto a fidelidad alguna a un ser sobrenatural.”

El Budismo no exige a sus adherentes una fe ciega. Aquí la mera creencia es destronada y sustituida por confianza basada en el conocimiento que, en pali, se conoce como *saddhā*. La confianza que un seguidor deposita en el Buda es como la del enfermo en un médico famoso, o la del alumno en su maestro. El budista se refugia en el Buda porque éste fue quien descubrió el Sendero de la Liberación.

El budista no se refugia en el Buda con la esperanza de que será salvado por Su purificación personal. El Buda no garantiza tal cosa. Dentro de la potestad de un Buda no está el lavar las impurezas de los demás. Nadie puede purificar ni manchar a otro.

El Buda, como Maestro, nos instruye, pero nosotros mismos somos responsables de nuestra purificación.

Aunque el budista se refugie en el Buda, no se autosomete bajo ningún concepto. El budista tampoco sacrifica su libertad de pensamiento al convertirse en seguidor del Buda. Puede ejercitar su libre arbitrio y desarrollar su conocimiento hasta un punto tal en que puede llegar a ser él mismo un Buda.

El punto de partida del Budismo es el razonamiento o el entendimiento, o, en otras palabras, *sammā-diṭṭhi*.

El Buda les dice a quienes buscan la verdad:

“No aceptéis nada que os llegue por (mero) ex-auditu — (es decir, pensando que oímos eso hace largo tiempo). No aceptéis nada por mera tradición — (es decir, pensando que eso fue transmitido de esa manera a través de muchas generaciones). No aceptéis nada a cuenta de meros rumores — (es decir, creyendo lo que dicen los demás sin comprobarlo). No aceptéis nada por mera suposición. No aceptéis nada por mera inferencia. No aceptéis nada con la mera consideración de las razones. No aceptéis nada porque meramente concuerde con vuestros conceptos preconcebidos. No aceptéis nada porque parezca aceptable — (es decir, pensando que, porque quien habla es una buena persona, ha de aceptarse su palabra). No aceptéis nada pensando que el asceta es respetable para nosotros (y que por lo tanto es correcto aceptar su palabra).

“Mas cuando sepáis por vosotros mismos —que estas cosas son inmorales, que estas cosas son condenables, que estas cosas son censuradas por los sabios, que estas cosas, cuando se realizan y emprenden, llevan a la ruina y al dolor— entonces, en verdad, rechazadlas.

“Cuando sepáis por vosotros mismos—que estas cosas son morales, que estas cosas no tienen culpa, que estas cosas son ensalzadas por los sabios, que estas cosas, cuando se realizan y emprenden, conducen al bienestar y la felicidad— entonces, vivid y actuad de modo acorde.”

Estas inspiradas palabras del Buda retienen aún su original fuerza y frescura.

Aunque no exista fe ciega, podría argüirse que hay adoración de imágenes, etcétera, en el Budismo.

Los budistas no adoran una imagen esperando favores mundanales ni espirituales, sino que rinden reverencia a lo que aquélla representa.

Un budista inteligente, al ofrecer flores e incienso a una imagen, se impone deliberadamente de que está en presencia del Buda viviente y, por ende, obtiene inspiración de Su noble personalidad y aspira profundamente Su compasión ilimitada. Procura seguir Su noble ejemplo.

El árbol de Bo es también un símbolo de Iluminación. Estos objetos externos de reverencia no son absolutamente necesarios pero son útiles pues tienden a concentrar la propia atención. Un intelectual puede descartarlos concentrando fácilmente su atención y visualizando al Buda.

Por nuestro bien y como gratitud rendimos esta prueba de respeto externo pero lo que el Buda espera de Sus discípulos no es tanto pleitesía como observancia real de Sus Doctrinas. El Buda dice: “Mejor me honra quien mejor practica mi doctrina.” “Quien observa el *Dhamma*, a mí me observa.”

Sin embargo, respecto de las imágenes, el Conde Kaiserling señala: “Nada veo más grande en el mundo que la imagen del Buda. Es corporización absolutamente perfecta de la espiritualidad en el dominio visible”.

Además, debe mencionarse que en el Budismo no hay plegarias peticionales ni intercesorias. Por más que recemos al Buda, no podemos salvarnos. El Buda no concede favores a quienes Le rezan. En vez de plegarias peticionales existe la meditación que conduce al autocontrol, la purificación y la iluminación. La meditación no es ensoñación silenciosa ni mantenimiento de la mente en blanco. Es un estado de activa pugna. Sirve de tónico para el corazón y la mente. El Buda no sólo habla de la futilidad de prodigar plegarias sino que también manifiesta su desprecio hacia una mentalidad esclava. El budista no ha de rechazar en procura de salvación, sino que ha de tener confianza en sí mismo y ganar su libertad.

“Las plegarias adquieren el carácter de comunicaciones privadas, de egoísta regateo entablado con Dios. La plegaria procura objetos de ambiciones terrenas e inflama el sentido del yo. Por el contrario, la meditación implica el autocambio.”

* Sri Radhakrishna.

En el Budismo no existe, tal como ocurre en la mayoría de las otras religiones, un Dios todopoderoso al que hay que obedecer y temer. El Buda no cree en una potencia cósmica, omnisciente y omnipresente. En el Budismo no hay revelaciones ni mensajeros divinos. Por lo tanto, el budista no se somete a ningún poder sobrenatural superior que controle su destino y le recompense y castigue arbitrariamente. Puesto que los budistas no creen en revelaciones de un ser divino, el Budismo no reclama el monopolio de la verdad ni condena religión alguna. Pero el Budismo reconoce las infinitas posibilidades humanas latentes y enseña que el hombre puede lograr librarse del sufrimiento mediante su propio esfuerzo, independientemente del auxilio divino o de sacerdotes mediadores.

Por lo tanto, el Budismo no puede llamarse estrictamente religión porque no es sistema de fe y adoración, ni “acto o forma externa por la que los hombres indican su reconocimiento de la existencia de un Dios o dioses que tienen poder sobre su propio destino, debiéndoles obediencia, servicio y honor.”

Pero si por religión se significa “una doctrina que asume un criterio de la vida que, lejos de ser superficial, implica introspección y no mera observación, que procura a la humanidad una guía de conducta de acuerdo con su visión interior, que la capacita para enfrentar la vida con fortaleza y la muerte con serenidad”,² o un sistema para librarse de los males de la vida, entonces es, en verdad, una religión de religiones.

² *Bhikkhu* Silacara.

Capítulo IV — ¿El budismo es un sistema ético?

Sin duda, el Budismo contiene un código ético excelente, sin paralelo en su perfección y actitud altruista. Encara un método de vida para monjes y otro para el laicado. Pero el Budismo es algo más que una doctrina moral común. La moralidad es sólo la etapa preliminar del Sendero de la Pureza, y es un medio hacia un fin, pero no un fin en sí misma. La conducta, aunque esencial, es insuficiente, de por sí, para lograr la propia emancipación. Ha de asociarse con la sabiduría y el conocimiento (*paññā*). La base del Budismo es la moralidad, y la sabiduría es su ápice.

Al observar los principios de la moralidad, el budista no sólo ha de considerar su propio yo sino también a los demás, sin excluir los animales. En el Budismo, la moralidad no se funda en ninguna revelación dudosa ni es la ingeniosa invención de una mente excepcional, sino que se trata de un código racional y práctico basado en hechos verificables y en la experiencia individual.

Ha de mencionarse que cualquier medio externo sobrenatural no desempeña papel alguno en el modelamiento del carácter del budista. En el Budismo no hay nadie a quien recompensar ni castigar. El dolor o la felicidad son resultados inevitables de las propias acciones. La mente del budista no concibe la cuestión de congraciarse o no con un Dios. Ni la esperanza de recompensa ni el miedo del castigo actúan como incentivo para obrar bien o abstenerse del mal. El budista es consciente de las consecuencias futuras, pero se abstiene del mal porque demora el avance hacia la Iluminación (Bodhi) y obra bien porque ayuda en igual sentido. Existen, asimismo, quienes obran bien porque está bien y se abstienen del mal porque está mal.

Para entender la norma excepcionalmente elevada de moralidad que el Buda espera de Sus seguidores ideales, hay que leer cuidadosamente el *Dhammapada*, *Sigālovāda Sutta*, *Vyagghapajja Sutta*, *Maṅgala Sutta*, *Karaṇīya Mettā Sutta*, *Parābhava Sutta*, *Vasala Sutta*, *Dhammika Sutta*, etcétera.

Como doctrina moral supera a todos los demás sistemas éticos, pero la moralidad es sólo el inicio y no el fin del Budismo.

En un sentido, el Budismo no es filosofía, en otro sentido es filosofía de filosofías.

En un sentido el Budismo no es religión, en otro sentido es religión de religiones.

El Budismo no es sendero metafísico ni sendero ritual.

No es escéptico ni dogmático. No es automortificación ni autosatisfacción. No es pesimismo ni optimismo. No es eternalismo ni nihilismo. No es esta-mundanalidad ni otra-mundanalidad.

Es un Sendero único de Iluminación.

El término pali original que corresponde al Budismo es *Dhamma*, que, literalmente, significa aquello que sostiene. No hay en español un equivalente que traduzca exactamente el significado del término pali.

El *Dhamma* es lo que realmente es. Es la Doctrina de la Realidad. Significa Liberación del sufrimiento, y la Liberación misma. Surjan o no los Budas, el *Dhamma* existe. Se halla oculto de los ignorantes ojos humanos, hasta que un Buda, un Iluminado, lo capta y revela compasivamente al mundo.

Este *Dhamma* no es algo aparte de uno mismo sino que está íntimamente asociado con uno mismo. En tal sentido, el Buda exhorta:

“Morar consigo mismo como una isla, consigo mismo como Refugio. Morar con el Dhamma como una isla, con el Dhamma como Refugio. No buscar ningún refugio externo.” (Parinibbāna Sutta).

Capítulo V — Algunos rasgos sobresalientes del budismo

Las cuatro bases del Budismo son las cuatro Nobles Verdades, a saber: el Sufrimiento (razón de ser del Budismo), su causa, es decir, el Deseo, su fin, es decir, el *Nibbāna*, (el Summum Bonum del Budismo), y el Camino Medio.

¿Cuál es la Noble Verdad del Sufrimiento?

“El nacimiento es sufrimiento, la vejez es sufrimiento, la enfermedad es sufrimiento, estar separado de lo agradable es sufrimiento, no recibir lo que se anhela es sufrimiento; en síntesis, los cinco Agregados del Apego son sufrimiento.”

¿Cuál es la Noble Verdad de la Causa del Sufrimiento?

*“Es el deseo que lleva de un renacimiento a otro, acompañado por la avidez pasional, que ora deleita aquí, ora allá; es el deseo de placeres sensuales (*kāmatanḥā*)¹, el deseo de existencia (*bhavatanḥā*)¹ y el deseo de aniquilación (*vibhavatanḥā*)².”*

¹ El deseo asociado con el “Eternalismo” (*sassataditṭhi*). ² El deseo asociado con el “Nihilismo” (*ucchedaditṭhi*).

¿Cuál es la Noble Verdad de la Aniquilación del Sufrimiento?

“Es la anulación, la total aniquilación de este mismo deseo, su abandono, liquidación, eliminación y liberación.”

¿Cuál es la Noble Verdad del Sendero que conduce a la Aniquilación del Sufrimiento?

“Es el Noble Sendero Óctuple que consiste en recto entendimiento, rectos pensamientos, recta palabra, recta acción, recta vida, recto esfuerzo, recta atención y recta concentración.”

Surjan o no los Budas, estas cuatro Verdades existen en el universo. Los Budas sólo revelan estas Verdades que yacen escondidas en el oscuro abismo del tiempo.

Científicamente interpretado, el *Dhamma* puede llamarse ley de causa y efecto. Estos dos abarcan el cuerpo íntegro de las Doctrinas del Buda.

Las tres primeras representan la filosofía del Budismo; la cuarta representa la ética del Budismo, basada en aquella filosofía. Estas cuatro verdades dependen, en total, de este cuerpo mismo. El Buda afirma: “En este cuerpo de una braza, junto con las percepciones y pensamientos, proclamo el mundo, el origen del mundo, el fin del mundo y el sendero que conduce al fin del mundo.” Aquí el término mundo se aplica al sufrimiento.

El Budismo descansa en el pivote del dolor. Pero de ello no se colige que el Budismo sea pesimista. No es totalmente pesimista ni totalmente optimista sino que, por el contrario, enseña una verdad que se halla entre ambos términos. Podría justificarse el llamar pesimista al Buda si sólo hubiese enunciado la Verdad del sufrimiento, sin sugerir un medio de ponerle fin. El Buda percibió la universalidad del dolor y prescribió una panacea para esta enfermedad universal de la humanidad. La suprema felicidad concebible, según el Buda, es el *Nibbāna*, que es la extinción total del sufrimiento.

El autor del artículo de la Enciclopedia Británica sobre el Pesimismo escribe: “El pesimismo denota una actitud de desesperanza para con la vida, una vaga opinión general de que el dolor y el mal predominan en los asuntos humanos. La doctrina original del Buda es, de hecho, tan

optimista como cualquier optimismo occidental. Llamarla pesimismo es aplicarle un principio característicamente occidental para el cual la felicidad es imposible sin personalidad. El budista verdadero procura entusiastamente absorberse en la bienaventuranza eterna.”

Por lo general, el goce de los placeres sensuales es la suprema y única felicidad del hombre promedio. Sin duda, hay una especie de felicidad momentánea en la anticipación, gratificación y retrospección de esos placeres materiales, pero son engañosos y temporarios. De acuerdo al Buda, el desapego es una bienaventuranza mayor.

El Buda no espera que Sus seguidores cavilen constantemente sobre el sufrimiento y lleven una vida miserable. Los exhorta a ser siempre felices y alegres, pues el entusiasmo (*Pīti*) es uno de los factores de la Iluminación.

La felicidad real se halla en lo interior, y no ha de definirse en términos de salud, hijos, honores ni inversiones. Si tales posesiones se manejasen erróneamente, se obtuviesen con violencia o injusticia, se apropiasen inconvenientemente o incluso se contemplasen con apego, serán fuente de dolor y pesar para sus dueños.

En vez de tratar de racionalizar el sufrimiento, el Budismo da por sentado el sufrimiento y busca la causa que lo erradique. El sufrimiento existe mientras hay deseo. Sólo puede ser aniquilado recorriendo el Noble Camino Óctuple y alcanzando la suprema bienaventuranza del *Nibbāna*.

Estas cuatro Verdades pueden ser verificadas mediante la experiencia. De ahí que el *Dhamma* del Buda no se basa en el temor a lo desconocido, sino que se funda en el cimiento de los hechos que nosotros mismos podemos comprobar y verificar mediante la experiencia. Por lo tanto, el Budismo es racional e intensamente práctico.

Tal sistema racional y práctico no puede contener misterios ni doctrinas esotéricas. Por ende, la fe ciega es extraña al Budismo. Donde no hay fe ciega no puede haber coerción, persecución ni fanatismo. Al Budismo puede acreditársele singularmente que, en su pacífica marcha de 2500 años, no se derramó una sola gota de sangre en nombre del Buda, ningún monarca poderoso blandió su potente espada para propagar el *Dhamma*, y ninguna conversión se efectuó mediante fuerza ni métodos repulsivos. Empero, el Buda fue el primero y más grande misionero que vivió sobre la tierra.

Aldous Huxley escribe: “Único entre todas las grandes religiones del mundo, el Budismo recorrió su camino sin persecución, censura ni inquisición.”

Lord Russell señala: “De las grandes religiones de la historia, prefiero el Budismo, especialmente en sus formas primitivas; porque contiene un mínimo elemento de persecución.”

En nombre del Budismo no se enrojeció altar alguno con la sangre de una Hipatia, ningún Bruno fue quemado vivo.

El Budismo apela más al intelecto que a la emoción. Se preocupa más por el carácter de los devotos que por su fuerza numérica.

En una ocasión, *Upāli*, un seguidor de *Nigaṇṭha Nātaputta*, se acercó al Buda, y se complació tanto con la exposición del Buda sobre el *Dhamma* que instantáneamente expresó su deseo de convertirse en su discípulo. Pero el Buda lo previno, diciendo:

“¡Oh padre de familia, investiga totalmente la verdad. A un hombre distinguido como tú le conviene efectuar (primero) una investigación integral.”

Upāli, lleno de gozo por esta inesperada advertencia del Buda, dijo: “Señor, si adhiriera a otra religión, sus adeptos me pasearían en procesión por las calles proclamando que el millonario Fulano renunció a su fe anterior y abrazó la de ellos. Pero, Señor, Vuestra Reverencia me aconseja efectuar una investigación ulterior. Estoy complacidísimo con vuestra advertencia. Por segunda vez, Señor, busco refugio en el Buda, en el *Dhamma* y el *Saṅgha*.”

El Budismo está impregnado de este espíritu de libre indagación y completa tolerancia. Es la doctrina de la mente abierta y del corazón compasivo que, iluminando y caldeando todo el universo con sus rayos gemelos de sabiduría y compasión, derrama su resplandor genial en todo ser que lucha en el océano del nacimiento y la muerte.

El Buda fue tan tolerante que ni siquiera ejercitó Su poder de ordenar a Sus seguidores laicos. En vez de emplear el imperativo, decía: “Os corresponde hacer esto... No os corresponde hacer esto.” El Buda no manda sino que exhorta.

Esta tolerancia el Buda la extendió a hombres, mujeres y a todos los seres vivientes.

Fue el Buda quien primero intentó abolir la esclavitud y protestó con vehemencia contra el degradante sistema de castas tan firmemente arraigado en el suelo de la India. Según la Palabra del Buda uno no se convierte en descastado o noble por mero nacimiento sino por las propias acciones. Ni la casta ni el color de la piel excluyen a uno de llegar a ser budista o de entrar en la Orden. Pescadores, barrenderos, cortesanas, junto con guerreros y brahmines, fueron admitidos libremente en la Orden y gozaron de iguales privilegios, recibiendo también cargos elevados.

Por ejemplo, *Upāli*, el barbero, con preferencia sobre todos los demás, fue jefe en asuntos relativos a la disciplina *Vinaya*. Sunita, el tímido barrendero, que alcanzó el estado de arahant, fue admitido en la Orden por el mismo Buda. *Aṅgulimāla*, el ladrón y criminal, se convirtió en santo compasivo. El feroz *Ālavaka* buscó refugio en el Buda y llegó a ser un santo. La cortesana *Ambapālī* entró en la Orden y alcanzó el estado de arahant. Tales ejemplos del *Tipitaka* podrían multiplicarse para demostrar que las puertas del Budismo se abrieron de par en par, sin tener en cuenta casta, color de la piel ni rango social.

Asimismo, fue el Buda quien elevó de estado a las mujeres envilecidas y no sólo les hizo comprender su importancia para con la sociedad sino que también fundó la primera orden de celibato, de carácter religioso, para mujeres, con reglas y disposiciones.

El Buda no humilló a las mujeres sino que las consideró solamente débiles por naturaleza. Apreció la bondad innata de hombres y mujeres y los ubicó debidamente en Su doctrina. El sexo no es una barrera en el logro de la Santidad.

A veces, el término pali usado para señalar a las mujeres es “*mātugāma*” que significa pueblo-madre o sociedad de madres. Como madre, la mujer ocupa un honorable lugar en el Budismo. Incluso la esposa es considerada como “la mejor amiga” (*paramā sakhā*) del marido.

Hay críticos apresurados que efectúan declaraciones parciales cuando reprochan al Budismo ser enemigo de las mujeres. Aunque al principio el Buda rehusó admitir mujeres en la Orden, fundado en motivos razonables, con todo, con posterioridad cedió ante las súplicas de Su madre adoptiva, *Pajāpati Gotamī*, y creó la Orden *bhikkhunī*. Y así como los arahants Sariputta y Moggallana fueron ambos nombrados discípulos jefes de la Orden de monjes, de igual manera designó a las arahants *Khemā* y *Uppalavaṇṇā* como discípulas jefas. El Buda también nombró muchas otras discípulas como sus adeptas distinguidas y piadosas.

En una ocasión el Buda dijo al Rey Koala, quien se contrariara al oír que le había nacido una hija:

“Una niña, oh Señor de los hombres, puede demostrar que es incluso mejor vástago que un varón.”

Muchas mujeres que, de otro modo, hubiesen caído en el olvido, se distinguieron de diferentes modos, y ganaron su emancipación sometiéndose al *Dhamma* e ingresando en la Orden. En esta nueva Orden, que más tarde demostró ser gran bendición para muchas mujeres, reinas, princesas, hijas de familias nobles, viudas, madres desconsoladas, mujeres desposeídas, cortesanas dignas de piedad —todas, a pesar de su casta o rango, se reunieron en una plataforma común, gozaron de consuelo y paz perfectos, y respiraron esa libre atmósfera que se niega a quienes se enclaustran en chozas y en mansiones palaciegas.

Fue también el Buda quien proscribió el sacrificio de las pobres bestias y aconsejó a Sus seguidores extender su afectuosa bondad (*Mettā*) a todos los seres vivientes —hasta a la más pequeña criatura que se arrastra a nuestros pies. Ningún hombre tiene facultad ni derecho para destruir la vida de otro pues la vida es preciosa para todos.

El Budismo auténtico ha de ejercer esta afectuosa bondad para con todo ser viviente, identificándose con todos, sin efectuar distinción de ninguna especie con respecto a casta, color de la piel ni sexo.

Este es el *Mettā* budista que intenta traspasar todas las barreras que separan a uno de otro. No hay razón para aislarse de los demás porque meramente pertenezcan a otra fe o nacionalidad. En aquel noble Edicto de la Tolerancia que se basa en el *Sutta Culla-Vyūha* y en el *Sutta Maha-Vyūha*, *Asoka* dice: “Lo mejor es una concordancia única, vale decir, todos han de escuchar benévolamente la doctrina profesada por los demás.”

El Budismo no se reduce a ningún país ni nación en particular. Es universal. No es nacionalismo que, en otras palabras, es otra forma de sistema de castas fundado sobre una base más amplia. El Budismo, si se permitiese decirlo así, es supranacionalismo.

Para el budista no hay lejos ni cerca, enemigo ni extranjero, renegado ni intocable, puesto que el amor universal, realizado a través del entendimiento, estableció la hermandad de todos los seres vivientes. El budista real es ciudadano del mundo. Considera al mundo entero como su patria y a todos, como sus hermanos y hermanas.

Por lo tanto, el Budismo es único, principalmente debido a su tolerancia, no-agresividad, racionalidad, practicabilidad, eficacia y universalidad. Es la más noble de todas las influencias unificadoras y la única palanca que puede levantar al mundo.

Estos son algunos de los rasgos sobresalientes del Budismo, y entre algunas de las doctrinas fundamentales puede citarse: *Kamma* o Ley de Causalidad Moral, la Doctrina del Renacimiento, el *anattā* y el *Nibbāna*.

Capítulo VI — El Kamma o la ley de causalidad moral

Enfrentamos un mundo totalmente desequilibrado. Percibimos las desigualdades, el destino múltiple de la humanidad y los numerosos grados de seres que existen en el universo. Vemos a uno nacido en un estado de abundancia, dotado de finas cualidades mentales, morales y físicas, y a otro en un estado de abyecta pobreza y miseria. Aquí hay un hombre virtuoso y santo pero, contrariamente a lo esperado por él, la mala suerte está siempre presta para saludarle. El mundo malvado se desplaza contra sus ambiciones y deseos. Es pobre y miserable a pesar de sus acciones honestas y de su piedad. Hay otro que es vicioso y necio pero resulta un preferido de la fortuna. Es recompensado con toda forma de favores, a pesar de sus defectos y malos modos de vida.

Puede preguntarse: ¿por qué uno ha de ser inferior y el otro superior? ¿Por qué uno ha de ser arrebatado de las manos de una madre afectuosa cuando apenas ha visto unos pocos veranos, y otro ha de perecer en la flor de la virilidad, o en la madurez, a los ochenta o cien años? ¿Por qué uno ha de ser enfermo y enclenque mientras que el otro es vigoroso y sano? ¿Por qué uno ha de ser gallardo, y otro feo y horrible, repulsivo para todos? ¿Por qué uno ha de evolucionar en el lujo y otro en la pobreza absoluta, macerado en la miseria? ¿Por qué uno ha de nacer millonario y el otro pordiosero? ¿Por qué uno ha de ser un prodigio mental y el otro un idiota? ¿Por qué uno ha de nacer con caracteres de santidad y el otro con tendencias criminales? ¿Por qué algunos han de ser lingüistas, artistas, matemáticos o músicos desde la cuna misma? ¿Por qué algunos han de ser congénitamente ciegos, sordos y deformes? ¿Por qué algunos han de ser benditos y otros malditos desde el nacimiento?

Estos son algunos problemas que desconciertan las mentes de todos los pensadores. ¿Cómo hemos de contabilizar todas estas disparidades del mundo, esta desigualdad de la humanidad?

¿Esto se debe a la obra de la ciega casualidad o al accidente?

Nada en este mundo sucede por ciega casualidad ni accidente. Decir que algo sucede por azar no es más cierto que decir que este libro llegó aquí por sus propios medios. Hablando estrictamente, nada le sucede al hombre que éste no merezca por una razón u otra.

¿Éste puede ser el fiat de un Creador irresponsable?

Huxley escribe: “Si hemos de dar por sentado que alguien, deliberadamente, puso en movimiento este universo maravilloso, me resulta perfectamente claro, en cualquier sentido inteligible de las palabras, que no es más enteramente benevolente y justo que malevolente e injusto.”

Según Einstein: “Si este ser (Dios) es omnipotente, entonces toda ocurrencia, incluida toda acción humana, todo pensamiento humano, y todo sentimiento y aspiración humanos son también obra suya; ¿cómo es posible pensar en hombres responsables de sus acciones y pensamientos ante tal Ser Todopoderoso?

“Al aplicar castigos y recompensas, hasta cierto punto se estaría juzgando a sí mismo. ¿Cómo puede combinarse esto con la bondad y rectitud que se le atribuye?”

“De acuerdo con los principios teológicos, el hombre es creado arbitrariamente, sin desearlo, y en el instante de su creación es bendecido o condenado eternamente. De allí que el hombre sea bueno o malo, afortunado o desafortunado, noble o depravado, desde el primer paso, en el proceso de su creación física hasta el momento de su último aliento, sin consideración alguna

hacia sus deseos individuales, esperanzas, ambiciones, luchas o plegarias devotas. Tal es el fatalismo teológico". (Spencer Lewis).

Como dice Charles Bradlaugh: "La existencia del mal es un terrible tropiezo para el teísta. El dolor, la miseria, el crimen y la pobreza enfrentan al abogado de la bondad eterna y con irrefutable potencia desafían su declaración de Deidad omnibondadosa, omnisciente y omnipotente."

Según las palabras de Schopenhauer:

"Quienquiera se considere surgido de la nada debe también pensar que nuevamente volverá a la nada; pues antes que él existiese pasó una eternidad, y luego empezó una segunda eternidad, a través de la cual jamás cesará de ser; es un pensamiento monstruoso.

"Si el nacimiento es el inicio absoluto, entonces la muerte debe ser su fin absoluto; y el suponer que el hombre es hecho de la nada lleva necesariamente a suponer que la muerte es su fin absoluto."

Al referirse a los sufrimientos humanos y Dios, el profesor J. B. S. Haldane escribe:

"O el sufrimiento es necesario para el carácter humano perfecto, o Dios no es Omnipotente. La primera teoría se descarta por el hecho de que algunas personas sufrieron muy poco pero resultaron de afortunado linaje y su educación tuvo rasgos muy finos. La objeción a la segunda es que está sólo en conexión con el universo como un todo, en el sentido de que existe una brecha intelectual que ha de llenarse con la postulación de una deidad. Y un creador podría presumiblemente crear lo que quisiese."

Lord Russell afirma:

"El mundo, se nos dijo, fue creado por Dios que es bueno y omnipotente. Antes de crear el mundo, previó todo el dolor y la miseria que éste contendría. Por lo tanto es responsable de todo eso. Es inútil argüir que el dolor del mundo se debe al pecado... Si Dios conoció de antemano los pecados de los que el hombre sería culpable, Él fue claramente responsable de todas las consecuencias de aquellos pecados cuando decidió crear al hombre."

En "Desesperación", un poema de su ancianidad, Lord Tennyson ataca audazmente a Dios quien, como se afirma en Isaías, dice: "Hago la paz y creo el mal." (Isaías, XIV, 7).¹

¹ N. del T.: La versión que ofrece el autor no concuerda con los textos de St. James ni Valera. ("Toda la tierra está en reposo y en paz; se cantaron alabanzas.")

*"¡Qué! ¿He de reclamar ese infinito amor
[que nos sirvió tan bien?
Crueldad más bien infinita que construyó el
[eterno infierno,
Nos creó, preconoció, predestinó y hace lo
[que quiere con lo que le pertenece.
Mejor para nuestra torpe madre muerta que
[nunca nos oyó gemir."*

Seguramente, "la doctrina de que todos los hombres son pecadores y tienen el pecado esencial de Adán, es un desafío a la justicia, la misericordia, el amor y la omnipotencia."

Algunos escritores de la antigüedad declararon autorizadamente que Dios creó el hombre de acuerdo con su propia imagen. Algunos pensadores modernos afirman, por el contrario, que el hombre creó a Dios según su propia imagen. Con el desarrollo de la civilización el concepto del hombre acerca de Dios se refinó también cada vez más.

Sin embargo, es imposible concebir tal ser dentro o fuera del universo.

¿Esta variación puede deberse a herencia o medio ambiente? Puede admitirse que todos aquellos fenómenos químico-físicos revelados por los científicos, son parcialmente instrumentales, pero no pueden ser sólo responsables de las sutiles distinciones y vastas diferencias que existen entre los individuos. ¿Empero, por qué gemelos idénticos que son físicamente semejantes, que heredan genes similares, que disfrutan de igual privilegio de crianza, han de ser a menudo totalmente diferentes en lo temperamental, moral o intelectual?

La herencia sola no puede tenerse en cuenta con respecto a estas vastas diferencias. Hablando estrictamente, esto cuenta más plausiblemente en cuanto a sus semejanzas que en cuanto a la mayoría de las diferencias. El germen químico-físico infinitesimalmente diminuto, que es cerca de una 30 millonésima parte de una pulgada, heredado de los padres, explica sólo una porción del hombre, su fundamento físico. Con respecto a las diferencias necesitamos más iluminación. La teoría de la herencia no puede brindar explicación satisfactoria del nacimiento de un criminal en una larga sucesión de honorables ancestros, del nacimiento de un santo o de un hombre noble en una familia de mala reputación, del nacimiento de niños prodigios, de hombres de genio y de grandes maestros religiosos.

De acuerdo con el Budismo, esta variación se debe no sólo a la herencia, medio, “naturaleza y crianza” sino también a nuestro propio kamma, o en otras palabras, al resultado de nuestras acciones pasadas heredadas y de nuestros actos presentes. Nosotros mismos somos responsables de nuestras acciones, de nuestra felicidad y miseria. Nosotros construimos nuestros propios infiernos. Nosotros construimos nuestros propios cielos. Somos los arquitectos de nuestro propio hado. En pocas palabras, nosotros mismos somos nuestro propio kamma.

En una ocasión,¹ cierto joven llamado *Subha* se aproximó al Buda, y le preguntó por qué existían entre los seres humanos estados bajos y elevados.

“Pues”, dijo, “encontramos en la humanidad los de poca vida y los longevos, los sanos y los achacosos, los bellos y los feos, los poderosos y los impotentes, los pobres y los ricos, los de baja ralea y los de prosapia, los ignorantes y los inteligentes.”

El Buda replicó brevemente: “Todo ser viviente tiene su propio kamma, como herencia, causa, origen y refugio. El kamma es lo que diferencia a todos los seres vivientes en los estados bajos y elevados.”

¹ *Cūḷakammavibhaṅga Sutta – Majjhima Nikāya* n.º 135.

Entonces explicó el motivo de tales diferencias de acuerdo con la ley de causalidad moral.

De manera que, desde el punto de vista budista, nuestras actuales diferencias mentales, intelectuales, morales y temperamentales se deben principalmente a nuestras propias acciones y tendencias, tanto pasadas como presentes.

Kamma, literalmente, significa acción; pero en su sentido último, significa la volición meritoria o demeritoria (*kusala-akusala cetanā*). El kamma constituye el bien y el mal. El bien engendra el bien. El mal engendra el mal. Lo semejante atrae a lo semejante. Esta es la ley del *Kamma*.

Tal como algunos occidentalistas prefieren decir, el *Kamma* es “influencia-activa”.

Cosechamos lo que sembramos. Lo que sembramos lo cosechamos en algún tiempo o lugar. En un sentido somos resultado de lo que fuimos; seremos el resultado de lo que somos. En otro

sentido, no somos totalmente el resultado de lo que fuimos; no seremos absolutamente el resultado de lo que somos. Por ejemplo, un criminal de hoy puede ser mañana un santo.

El Budismo atribuye esta variación al *Kamma*, pero no afirma que todo se debe al *Kamma*.

Si todo se debiese al *Kamma*, un hombre debería ser siempre malo pues por su *Kamma* habría de ser malo. No sería menester consultar a un médico para curarse de una enfermedad, pues si tal es el *Kamma*, la curación se produciría.

De acuerdo con el Budismo, hay cinco órdenes o procesos (*Niyāmas*) que operan en los dominios físicos y mentales:

- I. *Kamma Niyāma*, orden de acto y resultado, p. ej. los actos deseables e indeseables producen correspondientes resultados buenos y malos.
- II. *Utu Niyāma*, orden físico (inorgánico); p. ej. fenómenos estacionales de vientos y lluvias.
- III. *Bija Niyāma*, orden de gérmenes y semillas; (orden orgánico físico) p. ej., el arroz producido por la semilla de arroz, el gusto azucarado de la caña de azúcar o miel, etcétera. La teoría científica de células y genes y la semejanza física de los gemelos puede atribuirse a este orden.
- IV. *Citta Niyāma*, orden de la mente o ley psíquica, p. ej. procesos de la conciencia (*cittavīthi*), poder de la mente, etcétera.
- V. *Dhamma Niyāma*, orden de la norma, p. ej. los fenómenos naturales que ocurren a la llegada de un *Bodhisatta* a su último nacimiento, gravedad, etcétera.

Todo fenómeno mental o físico podría explicarse mediante estos cinco órdenes o procesos omniabarcantes que, en sí mismos, son leyes.

Por lo tanto, el *kamma* es sólo uno de los cinco órdenes que prevalecen en el universo. Es una ley en sí, pero de ello no se desprende que haya un legislador. Las leyes ordinarias de la naturaleza; como la ley de gravedad, no requieren un legislador. Opera en su propio campo sin la intervención de ningún medio rector externo e independiente.

Por ejemplo, nadie decretó que el fuego arda. Nadie ordenó que el agua busque su propio nivel. Ningún científico dispuso que el agua consistiese en H₂O, y que la frialdad fuese una de sus propiedades. Estas son las características intrínsecas.

El *kamma* no es hado ni predestinación impuesta sobre nosotros por algún misterioso poder desconocido al que debemos someternos desamparadamente. Es la propia reacción personal y de ese modo existe la posibilidad de desviar el curso del *Kamma* hasta cierto punto. En qué medida se lo desvía, eso depende de uno mismo.

También debe decirse que una fraseología tal como premios y castigos no ha de ser admitida dentro de las discusiones concernientes al problema del *Kamma*. Pues el Budismo no reconoce un Ser Omnipotente que gobierne a Sus súbditos y los premie y castigue de modo acorde. Los budistas, por el contrario, creen que el dolor y la felicidad que uno experimenta son el resultado natural de las propias acciones buenas y malas. Ha de afirmarse que el *Kamma* tiene el principio continuativo y retributivo.

La potencialidad de producir su debido efecto es inherente al *Kamma*. La causa produce el efecto; el efecto explica la causa. La semilla produce el fruto; el fruto explica a la semilla y ambos se interrelacionan. De igual modo, el *Kamma* y su efecto se interrelacionan; “el efecto florece ya en la causa.”

El budista plenamente convencido de la doctrina del *Kamma* no reza a otro para que lo salve, sino que confía en sí mismo para su purificación pues esto le enseña responsabilidad individual.

Esta doctrina del *Kamma* le da consuelo, esperanza, confianza en sí mismo y valor. Esta creencia en el *Kamma* es la que “valoriza su esfuerzo, enciende su entusiasmo”, lo torna siempre bondadoso, tolerante y considerado. Es también esta firme creencia en el *Kamma* la que lo impulsa a substraerse al mal, a obrar bien y ser bueno sin atemorizarse por ningún testigo ni tentarse por ninguna recompensa.

Esta doctrina del *Kamma* es la que explica el problema del sufrimiento, el misterio del denominado hado o predestinación de las otras religiones, y por sobre todo la desigualdad de la humanidad.

El *Kamma* y el renacimiento son aceptados como axiomáticos.